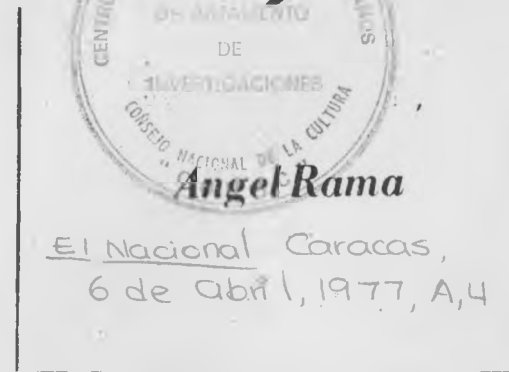


# Todos los Hijos del Señor

**J**OVEN y atractiva, con su abundante pelo cortado a manera de casco que cubre media frente, una cara redonda y blanda que emerge del cuello cerrado de los clérigos, ropa informal con pantalones oscuros y una cartera profesoral bajo el brazo, Ellen Marie Barrett ha regresado al campus universitario de Berkeley para presentar a los jóvenes ese raro trofeo que ha obtenido en la Iglesia de los Santos Apóstoles de Manhattan, al ser ordenada por la Diócesis Episcopal de New York, como una de las primeras mujeres ministro del culto. Y como si fuera poco este triunfo del feminismo, en una época en que la Iglesia Católica acaba de publicar un nuevo dictamen oponiéndose al ingreso de la mujer al sacerdocio, si Ellen Marie Barrett no es la primera mujer Ministro de una Iglesia cristiana, es al menos la primera lesbiana que ocupa ese rango. Al regresar a Berkeley, en California, ha sintetizado su evangelio en una típica fórmula cristiana, que sin embargo, en boca suya, ha levantado una tormenta: "My way of living is a way of loving".

Criatura extraña, apacible y tesonera, que pone al desnudo las conflictualidades de nuestro tiempo. Del mismo modo que a los 18 años comunicó a sus familiares su condición, para ser honesta con ellos y con la sociedad, del mismo modo jamás se apartó de su fe religiosa y cuando la Iglesia Episcopal aprobó en 1970 el proyecto de mujeres ministros del culto, ella ingresó en 1972 al seminario, sin esconder sus inclinaciones sexuales. Su razonamiento es simple y categorico: "Si la Iglesia es una casa de oración para todo el pueblo, entonces el pueblo homosexual pertenece también a ella. Y si el amor es lo que define por encima de todo a la Iglesia, entonces yo pertenezco indiscutiblemente a ella porque mi camino de vida es un camino de amor".

Consciente de que en su caso no es la asunción de la mujer al rango sacerdotal sino de la lesbiana, lo que motiva el debate, las frases irónicas y humorísticas consabidas, las protestas escandalizadas de rigor, ella ha insistido en declarar: "Lo que es im-



portante es que he sido ordenada por la Iglesia como una lesbiana. El pueblo homosexual debía tener un lugar en el ministerio religioso, como debe tenerlo en el resto de las cosas del mundo". La reivindicación es entonces no sólo la de la mujer a ocupar los mismos cargos que los hombres, sino también la de una minoría, segregada y ocultada, a que se la reconozca a la luz y se la admita de pleno derecho, como ciudadanos de primera, en la sociedad.

Esta última reivindicación es la que mejor da razón de los actos de Ellen Marie Barrett, de la tenacidad con que ha luchado hasta sus actuales 26 años para ser reconocida en tanto lesbiana, ser aceptada y honrada por la sociedad como tal, ingresar a esa parte considerada la más respetable del "establishment", como son las Iglesias cristianas, sin negarse a sí misma. El escándalo que ha rodeado este acto era, pues, necesario: parte de esa otra "consagración", no religiosa sino civil, que disclerene el cuerpo social aceptando al réprobo. Pero para poder recibir, dentro del sistema, a quien lo subvierte, la sociedad debe cumplir una complicada

reacomodación interna para establecer nuevas bases de convivencia que permitan la participación de los disidentes.

Si por una parte eso corresponde a un debilitamiento de las instituciones, que para el caso de las Iglesias (de todas las creencias) se traduce en el vertiginoso descenso de las vocaciones sacerdotales de los últimos treinta años que, visto el aumento demográfico paralelo, está minimizando su acción en la sociedad, por el otro corresponde al apoyo que puede brindar un nuevo grupo social. Los disidentes anuncian, en reprenda de concordia futura, su apoyo incondicional al sistema. Con un ardor de neófitos se declaran dispuestos a convalidar los valores existentes en la sociedad siempre y cuando se suspenda el valor-condena contra ellos, sin percibir la contradicción que así introducen.

Es emocionante y a la vez melancólico, oír las declaraciones de esta mujer, que se encuentra visiblemente hostigada por los más tradicionalistas y torpes, y clama por la paz y por el orden: "Yo quiero volver para estar tranquila y ser simplemente yo misma. Quiero subir a las montañas, oír música de Bach, leer novelas policíacas. Quiero ser normal, disfrutar de cosas como cocinar o pintar o remendar todo lo que se rompe en la casa. Quiero completar mi doctorado y enseñar en una universidad. Quiero lo que quiere la mayoría del pueblo: una vida productiva y cristiana. Una vida en la cual participar y amar y ayudar y esperar y hacer el mundo lo mejor que se pueda. ¿Pido demasiado? ¿Soy alguien a quien temer u odiar? ¿Me equivoco siendo un ministro, viviendo mi vida honestamente, sin vergüenza?"

Aunque sería error grave confundir a todo el movimiento feminista actual con este sector, debe reconocérsle un poderoso dinamismo, peculiar de las minorías comprimidas. Y no sólo para escalar algunas "posiciones" jerárquicas, sino para obtener algo de más compromiso: el reexamen de los fundamentos morales del sistema.